

solamente. Tiene arcilla, limos, ensoñaciones y los impactos de un vivir azaroso, no siempre amable.

La minuciosidad de la voz narrativa no estorba. Tampoco desvía su finalidad novelesca.

A medida que surgen los temas, vemos crecer pequeñas islas de meditación. Arte, literatura, filosofía, soledad y efusión amorosa enlazan sus filamentos. El autor utiliza una lupa de gran nitidez. Las imágenes quedan centradas.

La novela, como especie literaria, surge de la fantasía y de los hechos reales. Puede caer, por desgracia, en los abismos didascálicos.

El fenómeno novelesco se dispara desde un acontecimiento, más allá de un personaje o se instaura, sin finalidad concreta, en los horizontes abiertos del espacio. La obra de Borel tiene en su médula al personaje, al "agonista", héroe y contra-héroe al mismo tiempo, fundidos en una fluencia caudalosa, profunda, detallista hasta el paroxismo. Como todas las novelas de personaje, tiene principio y medio. Carece de fin, semeja ser un mosaico de situaciones ensambladas con precisión. En esta oportunidad tiene forma autobiográfica.

Los personajes subalternos están vistos como las sombras vivas que se proyectan sobre el muro del vivir. El autor los desliga de la materia circundante. Adquieren relieve, y el aire circula entre ellos con libertad suma. No es la visión esperpéntica de la vida, sino la verdad esencial de unos seres cazados entre las mallas del recuerdo y del tiempo.

Diríase que la novela francesa vuelve a sus viejos cauces de lentitud y laboriosidad analítica. En virtud de semejante paciencia de análisis, los novelistas llegan a presentarnos aspectos subyacentes de la realidad inmediata. Quizás sea un nuevo camino brindado a la preocupación abstraccionista. Proust está vivo en esas páginas. Y también, de manera difusa, en las grandes novelas hispanoamericanas de la hora actual.

El hombre que ha recibido el Premio Goncourt 1965, sin dejar de ser "proustiano", sin despreciar los aportes de Alain-Fournier, en su "Grand Meaulnes", desbroza el camino de la autobiografía moderna, escribe con rigor cartesiano, analiza los productos humanos, aplica de nuevo su lupa a los residuos. Todo ello es una prosa que tiene muchas vertientes líricas, pero sin demasía.

Borel nació en París, en 1925. Estudió Filosofía y Letras en la Sorbona. Es profesor de inglés en un Instituto. Contribuyó a preparar la obra dedicada a Verlaine por la biblioteca de "La Pleiade".

Frente a las antinovelas y a los relatos tremendistas, su libro es un ejemplo de equilibrio estético.

VICENTE MENGOD

<https://doi.org/10.29393/At412-56GSFA10056>

*Guitarra solitaria*, de MANUEL MORENO MONROY. Ed. del Pacífico, 1965

La renovación de la poesía chilena en esta última época, es un hecho comprobado por la experiencia: los autores han dejado los temas prosai-

cos y hasta pornográficos para cantar a cosas más sublimes; y no en lenguaje gongorino, o más oscuro aún, sino en forma clara, adecuada a la dignidad y nobleza de la gaya ciencia. Es un alivio pensar que en un tiempo no muy lejano habrá abundancia de buenos candidatos para el Premio Nacional de Literatura: ahora van siendo escasos...

Otro de estos poetas de la nueva generación que ha reaccionado contra esa corriente depravada de la poesía, es Miguel Moreno Monroy, ya conocido por sus libros de lectura "Chile en el corazón".

Con toda esa libertad de que hoy gozan los poetas y escritores para expresar en palabras esa idea que asoma espontáneamente a su imaginación, Miguel Moreno Monroy entrega al público en un volumen editado por Pacífico, los temas premiados en el Concurso Poético Carlos Préndez Saldías en 1964, bajo el título sencillo y humilde de *Guitarra Solitaria*. En él aparecen sonetos, romances y otras composiciones; pero en todo el contenido hay una entonación suave, clara, espontánea, como los antiguos versos del clasicismo. Los poemas diáfanos y puros, simples, sin estridencias, son, para quien lee como un espejo en el cual se ve el alma de su joven autor, limpia y sin revés; de la misma manera se perfila su espíritu en la caligrafía de su letra de niño.

En *Guitarra Solitaria*, son admirables los sonetos cortados a la usanza clásica, como aquellos "Ante Cristo Crucificado" y "Contrición", que traen remembranzas de Fr. Luis de León y Lope de Vega: "Como labios, Señor están sangrando / delante de mis ojos tus heridas, / las espinas te siguen coronando. / Yo te miro, Señor, y en tu mirada / hay tanta soledad, tanto quebranto, / que siento las pupilas empañadas / por la súbita niebla de mi llanto. / Te contemplo, Señor crucificado, / y pienso que es un cáliz tu costado / donde mana tu sangre purpurina. / Y tu pálido rostro desvelado, / una rosa de amor, donde he clavado, / ¡como todos los hombres, mis espinas! (Pág. 39, "Ante el Cristo Crucificado").

Otro soneto simpático, original y conforme a las reglas de métrica es el dedicado a Julio Barrenechea, compuesto con los títulos de algunos libros del laureado poeta-diplomático: "Con cuerdas de cristal canta tu lira / en un mitin de blancas mariposas, / y la niña del arpa melodiosa, / constelada de música te inspira". Y así con las demás obras. (Pág. 44). Ya lo dije en una ocasión: no hay duda de que el verso de Moreno tiene algo del estro de Barrenechea, con lo cual, de ningún modo, quiero restar originalidad a la obra del autor porteño.

No faltan en el libro algunos sonetos defectuosos, en los cuales no es necesario insistir, porque muchos de los grandes sonetistas han faltado a las reglas tradicionales de la métrica: unos lo hacen intencionalmente y no pocos por descuido; pero es un hecho comprobado que los modernos se toman ciertas libertades, una de ellas, tal vez la principal, ha sido innovar el metro clásico endecasílabo y admitir las doce, trece, catorce y quince sílabas. No sería oportuno censurar a los autores, si ellos necesitan de estas innovaciones para expresar mejor, en palabras adecuadas,

aquel "estado poético" de que habla Valery. No debemos olvidar que en el arte también rige ese aforismo: "la letra mata, el espíritu vivifica".

En cuanto a combinar el uso del plural y singular en la rima del soneto, como acontece en el primero del volumen: "Guitarra Solitaria", no es un pecado capital contra esta combinación métrica.

Entre los romances, aquel "Llanto por Federico García Lorca", es digno de la vena poética, expedita, grácil y airosa del malogrado gaditano. Es una elegía con mucho de dramatismo del granadino autor del "Romancero Gitano": "Hay un lamento gitano / recorriendo las gargantas. // Hay un sollozo en la esquina / y hay una pena en la plaza".

Pero *Guitarra solitaria*, fuera de su valor artístico inobjetable, revela la alta calidad del autor, como hombre y cristiano, cuya alma sencilla y humilde se transparenta en las páginas de su obra poética, ya madura, no obstante su juventud.

*El bandido Neira*, de RENÉ LEÓN ECHAIZ. Ed. Orbe, 1965

Diego Barros Arana, en el tomo XI de su documentada *Historia General de Chile*; Benjamín Vicuña Mackenna, en la amena *Historia Crítica y Social de la Ciudad de Santiago*; Tomás Guevara, en la concienzuda *Historia de Curicó*; Francisco Antonio Encina, en el tomo VII de su moderna e intuitiva *Historia de Chile*, y otros historiadores, biógrafos y novelistas, cuentan sucintamente la sanguinaria vida del mañoso bandido José Miguel Neira, que sembró el terror en los campos y ciudades, desde Maule hasta Cachapoal, en los últimos días de la Colonia y en los primeros años de la Independencia. Sin embargo, ningún escritor chileno había intentado escribir la biografía de tan siniestro personaje, a quien José Miguel Infante pretendió convertir en héroe de la Emancipación. No era fácil la tarea; para emprenderla, el autor debía reunir, a la vez, eximias condiciones de historiador y novelista; y estas cualidades no suelen andar juntas en los hombres de letras. Felizmente, la literatura chilena se ha acrecentado considerablemente, y el historiador René León Echaiz, célebre ya por su obra: *Francisco Villota, el guerrillero olvidado*, hizo una seria investigación acerca del astuto y bellaco salteador, que se burló, durante veinte años, de las escasas e incipientes fuerzas policiales de la Colonia y de la Patria Vieja; y en seguida escribió una biografía apasionante, con mucho de la novela y el cuento policial.

*El bandido Neira*, de René León Echaiz, es la primera obra de esta naturaleza que produce nuestra literatura, y ella está plenamente lograda, y por lo mismo, alcanzará numerosas ediciones. Tiene, de la historia y de la biografía, la exactitud rigurosa, y de la novela, la narración fantástica y las descripciones patéticas de los sangrientos sucesos relatados.

Es tan extraña la figura de Neira, que, a veces, en la pluma de León Echaiz no parece un personaje real, sino un tipo fabuloso, inventado por el hábil biógrafo para distraer al lector.